

QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Muchos de nosotros luchamos por entender el sufrimiento que marcó nuestras vidas antes de la recuperación. La adicción, las compulsiones y los apegos dañinos provocaron pérdidas visibles: relaciones tensas, problemas económicos, consecuencias legales o salud deteriorada. Pero algunos de los sufrimientos más profundos estaban ocultos, como es la culpa que no podíamos ubicar, la ansiedad que no podíamos calmar, el aislamiento que no podíamos admitir y una constante inquietud interior. Al empezar a vivir en sobriedad, en abstinencia, en equilibrio o en libertad, poco a poco nos damos cuenta de que, aunque no elegimos cada herida que tenemos, muchas veces elegimos conductas que mantenían esas heridas abiertas.

Los Doce Pasos nos ayudan a enfrentar esta verdad sin que nos aplaste. El Primer Paso nos sugiere ver con honestidad las consecuencias de nuestras acciones. Esta honestidad no es un castigo, es libertad. La negación nos mantuvo atrapados en ciclos que nos dañaban a nosotros mismos y a otros. Cuando admitimos la impotencia y la ingobernabilidad, aceptamos que nuestras viejas soluciones ya no funcionan. Esa rendición, dolorosa al principio, se convierte en una puerta a la gracia.

A medida que crecemos espiritualmente, descubrimos que la recuperación no se trata solo de eliminar un comportamiento, sino de una nueva forma de enfrentar la vida. Incluso cuando las circunstancias siguen siendo difíciles, algo en nosotros comienza a cambiar. Nos volvemos menos reactivos y más centrados. En lugar de intentar controlar cada detonante o evitar cada molestia, aprendemos a afrontar la vida tal y como es. La literatura sobre la recuperación menciona claramente este cambio: “Nunca se nos ocurrió pensar que nosotros éramos quienes teníamos que cambiar para ajustarnos a las circunstancias, fueran cuales fueran” (*Doce Pasos y Doce Tradiciones*, p. 52).

La Primera Lectura de este domingo muestra cómo la sanación está estrechamente ligada al amor en acción (Isaías 58:7-10):

Esto dice el Señor: “Comparte tu pan con el hambriento, abre tu casa al pobre sin techo, viste al desnudo y no des la espalda a tu propio hermano. Entonces surgirá tu luz como la aurora y cicatrizarán de prisa tus heridas; te abrirá camino la justicia y la gloria del Señor cerrará tu marcha.”

La adicción reduce nuestro mundo hasta que casi todo gira en torno al miedo, a la comodidad y a los deseos. La invitación que Dios hace a través de Isaías agranda nuestros corazones. La sanación se hace más profunda a medida que aprendemos a amar más allá de nosotros mismos. Esto no significa descuidar nuestra recuperación. Significa que nuestra recuperación se vuelve menos centrada en nuestro ego y más centrada en Dios. Compartimos nuestra experiencia, fortaleza y esperanza porque nosotros mismos hemos recibido esos dones.

La Carta a los Hebreos nos recuerda que el sufrimiento puede crear compasión y beneficio. Porque Cristo “por haber experimentado personalmente la prueba y el sufrimiento, Él puede ayudar a aquellos que están sometidos a la prueba” (Hebreos 2, 18). En la recuperación, las personas que más nos ayudan suelen ser aquellas que han caminado por una oscuridad similar y han encontrado la luz. Al pasar el tiempo, nos convertimos en esa persona para otros. Nuestra credibilidad no proviene de tener respuestas perfectas, sino de la honestidad, la humildad y la experiencia vivida.

San Pablo recuerda esta misma humildad en la Segunda Lectura de este domingo (1 Corintios 2:3-5):

Me presenté ante ustedes débil y temblando de miedo. Cuando les hablé y les prediqué el Evangelio, no quise convencerlos con palabras de hombre sabio; al contrario, los convencí por medio del Espíritu y del poder de Dios, a fin de que la fe de ustedes dependiera del poder de Dios y no de la sabiduría de los hombres.

No llevamos la esperanza a través de palabras o vidas perfectas. Dios usa la sinceridad, el testimonio y la disposición. Cuando nos mostramos, hablamos con honestidad y seguimos practicando los principios, Dios nos provee lo que nos hace falta.

Finalmente, Jesús en el Evangelio nos da tanto identidad como misión (Mateo 5:14-16):

“Ustedes son la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad construida en lo alto de un monte; y cuando se enciende una vela, no se esconde debajo de una olla, sino que se pone sobre un candelero, para que alumbre a todos los de la casa. Que de igual manera brille la luz de ustedes ante los hombres, para que viendo las buenas obras que ustedes hacen, den gloria a su Padre, que está en los cielos.”

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuando reflexionas sobre tu sufrimiento, ¿dónde puedes ver la diferencia entre las heridas que llevas y los comportamientos que mantienen esas heridas abiertas?
- ¿En dónde te está invitando Dios a cambiar la manera en cómo enfrentas la vida, en lugar de querer cambiar las circunstancias?
- ¿De qué manera tu experiencia de sufrimiento ha hecho que puedas entender o ayudar a otra persona en recuperación?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 58:7-10

SALMO RESPONSORIAL Salmo 112:4-5, 6-7, 8-9

SEGUNDA LECTURA 1 Corintios 2:1-5

EVANGELIO Mateo 5:13-16